

Heinz EULAU, Samuel J. ELDERSVELD y Morris JANOWITZ: *Political Behavior. A Reader in Theory and Research*. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1956. pp. 421.

Maquiavelo, Hobbes, Locke, Hume, John Stuart Mill y otros más, se ocuparon, desde épocas muy tempranas, del comportamiento político, poniéndolo en relación con lo que, de acuerdo con una terminología favorecida por entonces y que no tenemos por qué considerar totalmente desprestigiada, se llamaba "la naturaleza humana". En ninguno de estos autores —como tampoco en Bentham, es raro encontrar, entre las páginas de sus grandes tratados, consagrados al estudio de los fenómenos políticos, capítulos referentes a la psicología y a la moral.

Con el transcurso del tiempo, hubo un descuido creciente de estos temas, y la investigación política se volvió formalista, reduciéndose, en la mayoría de las ocasiones, a hacer un análisis de las instituciones, y al puro y desnudo examen de los textos constitucionales.

De esta situación vinieron a sacar a la ciencia política algunas publicaciones que vieron la luz a principios del presente siglo y a las que se refieren especialmente los responsables de esta antología o libro de lecturas. Entre ellas destaca muy principalmente el estudio de Graham Wallas, intitulado *Human Nature in Politics*, en el que el autor considera insatisfactorios los trabajos recientes —en su época— referentes a la política, precisamente a causa de esa falta de tratamiento adecuado de la relación entre la política y la naturaleza humana o, lo que, más modernamente y en términos más estrictos de especialización científica, podría considerarse como una psicología tanto individual como colectiva de alto grado de abstracción.

Wallas, en su trabajo, señalaba la forma en que, en su tiempo, la ciencia política comenzaba a recobrar su autoridad, tras haber sufrido serios descalabros. En efecto, durante la primera mitad del siglo XIX, teorías psicológicas simplificadoras de la realidad, que reducían las motivaciones humanas a unos pocos o a un único móvil, acarrearón el descrédito para la disciplina. Así es como ni Bentham con su principio hedonista, ni MacCulloch y otros —que trataron de demostrar que una mejor distribución de los bienes era científicamente imposible— ni Spencer —que trató de generalizar el principio de la evolución biológica hasta transformarla en una filosofía social completa— lograron conectar en forma convincente y fructífera la política y el estudio de la naturaleza humana dentro de un amplio estudio referente al comportamiento político. Con el descrédito de ésta que era una verdadera aproximación que hoy podríamos llamar "inter-disciplinaria" al problema, se cayó fácilmente en un enfoque puramente institucionalista de lo político. Lo político resultaba, así, un objeto de estudio propio de una ciencia cultural, pero no de una ciencia social en su sentido estricto.

Fue necesario que la ciencia política, reducida en su ámbito, continuara avanzando por su cauce formal, institucionalista, hasta mostrar en forma evidente las limitaciones propias de tal enfoque y que, por su parte, la psicología, la psicología social y la sociología avanzaran, investigando otros territorios, hasta constituir un cuerpo de generalizaciones e hipótesis que aplicar, en anhelo muy justificado, a campos bien delimitados y específicos como el de la política misma, considerada como actividad de los individuos, de los grupos y de la sociedad, dentro y fuera de los marcos más estrictamente estatales, para que fuese nuevamente la unión de dos disciplinas

que marchaban apartadas o, mejor aún, el enriquecimiento de la ciencia política con un enfoque no ya puramente cultural, sino sociológico y psicológico, lo que fuese posible.

Wallas, en su meritorio esfuerzo por conseguir este enriquecimiento, señalaba, en el ensayo que recoge esta antología, —utilizando una distinción que nos place en cuanto más tarde posibilitará y hará fructífera la unión—, que: “En otras ciencias que tratan de las acciones humanas, la división entre el estudio de lo que se hace y el estudio del ser que lo hace no se encuentra. En criminología, Beccaria y Bentham, desde hace mucho, mostraron qué peligrosa es la jurisprudencia que separa la clasificación de los crímenes del estudio del criminal. Las concepciones de la naturaleza humana mantenidas por ellos, han sido superadas por la psicología, pero, pensadores modernos como Lombroso, pusieron la nueva psicología al servicio de una nueva y fructífera criminología”.

A más de señalar la forma en que los partidos políticos, en cuanto entidades políticas, para llegar a tener una acción efectiva, tienen necesidad de influir en la mentalidad, en las actitudes y en la conducta de sus miembros, y, que, por ello, deben tomar como datos de los problemas que enfrentan, las motivaciones que impulsan a sus miembros y a sus no miembros (afiliados en prospecto o enemigos) a actuar o a inhibirse y abstenerse políticamente, Wallas indicaba que las mismas condiciones se daban para los medios de propaganda. En efecto, si uno de estos medios ha de influir y dejar impacto en la mente de los lectores, hay que contar con ciertos caracteres de la psicología propia de éstos. Así, por ejemplo, “los escritores, no sólo por disciplina editorial, sino por el deseo instintivo de ser entendidos, necesitan escribir ape- gándose a las características y a la política de los editores”, considerando con ello

un rasgo de la psicología de los lectores que, en un mundo confuso y frecuentemente ininteligible, buscan orientación a través de las coloraciones políticas de los distintos órganos de la prensa, y que encuentran en tales matizaciones políticas, el contexto o universo de discurso que les permitirá entender las opiniones ahí vertidas.

A semejanza del inglés Wallas, el estadounidense Arthur Bentley señalaba la falta de vida de la ciencia política de su tiempo. Pero, iba más allá, puesto que no dejaba de indicar el otro peligro que podía asechar a la propia ciencia, en cuanto, al tratar de darle vivacidad podía caerse en el error de insuflarle metafísica. Y si bien la reacción de Bentley, como la de Wallas, según lo señalan Eulau, Eldersveld y Janowitz, representaba una lucha contra el formalismo y legalismo de la ciencia política, los elementos de lucha los buscaban, estos autores: en un caso, en el estudio de la personalidad humana; en el otro, en la interacción entre los grupos sociales. O sea, que, en este sentido, Bentley, más que Wallas, se encontraba cerca de la psicología social y de la sociología misma.

Fundamentalmente, Bentley sostiene (en su ensayo recogido por esta antología) que el objeto de la ciencia política está constituido por “algo que se hace”; por una actividad; por una acción. Y por una actividad que no es realizada por un hombre separadamente ni puede obtenerse como resultado de la adición de varias conductas individuales, sino que resulta de las relaciones entre los hombres, dentro de los grupos.

Dentro de una postura estricta —y quizás agregaremos, por nuestra parte, “estrechamente”— conductista, Bentley dejaba indicado que la relación entre los hombres consistía en procesos de pensamiento y sentimiento, pero que, en cuanto ni las ideas ni los sentimientos pueden

ser conocidos directamente, era necesario llegar a ellos a través o por intermedio de las acciones.

Esto significaba que había que desecharse el intento de conocer lo político al través de los códigos y de las leyes escritas; al través del Derecho sustentante de dichos códigos y leyes; al través de las discusiones del constituyente o de los parlamentos; de los discursos, del carácter popular, etc., aún cuando muchos de estos dominios pudieran y puedan aportar elementos de juicio para el estudio de la temática política. Significaba que: "La materia prima [de tal estudio] podría encontrarse sólo en las actividades legislativo-administrativo-judiciales de la nación y en las corrientes de actividad que se canalizan entre el pueblo y que saltan a estas esferas".

En forma asimismo importante, Bentley llamaba la atención hacia el hecho de que si bien con el lenguaje —en cuanto vehículo de comunicación— era con algo con lo que había que contar, no resultaba menos cierto que había que desconfiar de las reacciones orales, y más que buscar materiales para los estudios políticos en discursos y escritos, había que buscarlos en la realidad reflejada en tales concreciones lingüísticas. Lo cual no quiere decir, en forma alguna, que del contraste entre lo que se dice y lo que es, especialmente cuando quienes hablan son los políticos, no puedan derivarse importantes conocimientos acerca de la conducta y las instituciones políticas.

Por otra parte, el énfasis que Bentley puso en la actividad de los grupos sociales, en su diferenciación y clasificación, y en la importancia de tal diferenciación y clasificación (de acuerdo con varios planos, según sugiere) para el estudio de la política, no le hace percatarse menos de que existen ciertos grupos sociales que tienen una especial

directriz política, llegando a señalar incluso que:

"...los grupos políticos, altamente diferenciados como están, pueden ser estudiados muy bien antes que los otros grupos, así como también que se tienen mejores oportunidades de éxito al estudiar primero los grupos políticos y después los otros grupos. El hecho mismo de que sean tan altamente representativos, hace más fácil su manejo. Se encuentran más íntimamente vinculados con 'ideas', 'ideales', 'emociones', 'decisiones políticas', 'opinión pública', etc. que algunos de los grupos restantes. Se diría que trabajan a través de un proceso que implica 'ideales', etc. más que lo hacen los otros grupos que yacen más profundamente".

Grupo, para Bentley, representa una porción de hombres, miembros de la sociedad, actuantes socialmente, con un interés. Para Bentley, el concepto de "grupo" y el concepto de "interés" son inseparables; hasta tal grado, que las expresiones "interés de grupo" o "grupo de interés" le parecen meras redundancias útiles con fines de claridad. Sin embargo, el propio Bentley se precave frente a posibles objeciones y señala que esta identificación conceptual la establece sólo en el plano político, sin extenderla a todos los grupos que en cualquier plano puedan analizarse, en relación con las masas y actividades humanas.

¿Qué es el interés de un grupo? Para Bentley, algo bien distinto del interés psicológico. Es algo que tiene que llegar a encontrarse empíricamente, observando la actividad y progreso del grupo.

Aislado un grupo de interés, es importante, en el estudio científico de la política, determinar su poder relativo de dominación sobre otros grupos; su capacidad de realizar sus tendencias, enfrentándose a obstáculos relativamente poco considerables.

Bentley, dentro de la tradición estadu-

nidense, favorable a la cuantificación de los fenómenos sociales, señala como un primer medio de apreciar su poder relativo, determinar el número de sus miembros; en segundo término, es necesario determinar la intensidad o concentración del interés del grupo —la cual se pone especialmente de manifiesto en cuanto un grupo encuentra la oposición de otros—; en tercer término, indica la necesidad de considerar diferentes técnicas de lucha, y la forma en que la técnica evoluciona en los grupos.

Finalmente, pero en forma no menos importante, cabe señalar, con respecto a la aportación de Bentley, que la misma dio debido reconocimiento al hecho de que fuera del contexto social (o, en el caso, específicamente socio-político) global, es imposible entender la actuación de los grupos. Conclusión ésta fácil de esperar en quien, como en este autor, deja constancia, desde el principio, de la existencia de un “poder relativo de dominación”; de que, en realidad, en el estudio de la política, el examen se inclina a considerar cada una de las fuerzas interactuantes, dentro de un campo de fuerzas, del que en cada momento importa poder predecir la resultante, si se ha de apreciar la marcha general de la sociedad de que se trate.

En los umbrales de los estudios recientes sobre la política, debe de considerarse a Charles Merriam, al lado de Bentley y de Wallas.

A más de la insistencia que la labor de Merriam representa en cuanto a propugnar un enfoque realista y no formalista, realista y no normativista, funcional y dinámico más que estructural y estático, de la política, cabe señalar en sus escritos —casi en dos décadas posteriores a los de Bentley y Wallas— la preocupación por aplicar un método y unas técnicas de carácter científico.

En este sentido, le parece a Merriam que es fundamental para una ciencia

política moderna el estudio de las actitudes individuales y grupales y, según indica, este campo de interés delimitado por la ciencia política misma, puede cultivarse gracias a las técnicas desarrolladas por la psicología y, muy especialmente, por el auge de las pruebas y escalas psicométricas.

Pero, no es únicamente a la técnica psicométrica a la que concede Merriam importancia en el estudio científico de la política. Al lado de ella, y en conexión con ella, menciona a la técnica estadística, gracias a la cual piensa que es posible “establecer muchas formas de correlación entre rasgos individuales, grupales, patrones individuales y grupales por una parte, y otros factores que sean medibles y comparables, por otra”.

Independientemente de las opiniones que puedan tenerse acerca de las posibilidades y limitaciones de estas técnicas para la investigación sociopolítica, la aportación de Merriam se distingue porque a través de ella vislumbra asimismo la posibilidad de un estudio complejo que comprenda el análisis de los grupos, de las relaciones entre el individuo y el grupo, entre los grupos mismos y de “toda la serie de ciclos interconectantes del proceso social complejo”.

Al precisar, como lo hizo Merriam, las características de objeto y método del conocimiento científico de lo político, puso asimismo de relieve algunas de las necesidades iniciales del nuevo enfoque de la política, que tanto él como Bentley y Wallas abrieron. En cuanto no se habían descubierto los campos de estudio de la actividad política, que era deseable estudiar, los datos sobre los mismos faltaban —como siguen faltando en la mayoría de los casos, a más de tres décadas de distancia— casi absolutamente. En tales condiciones, el enfoque conductivista de la política, preconizado por Merriam, tiene pocas oportunidades de adelantarse, mientras las estadísticas oficiales

no consignen un número suficiente de datos aprovechables por el sociopolítico.

En el momento en que los responsables del gobierno de los diferentes países, así como las diferentes unidades administrativas de éstos, así como los responsables de las oficinas estadísticas nacionales —y específicamente, de las Secretarías de Gobernación o de los Ministerios del Interior— se percaten de la enorme importancia y de los grandes beneficios que puede tener este enfoque de la política, indudablemente se aprestarán a recopilar y publicar los datos necesarios para la realización de las investigaciones correspondientes.

Pero, es indudable —también— que los partidos políticos más esclarecidos, más conscientes de sus necesidades y de sus posibilidades de acción dentro de la vida democrática, se anticiparán incluso a los gobiernos, realizando por su cuenta investigaciones, cuantitativas y no cuantitativas del tipo de las propugnadas por Wallas, Bentley y Merriam, y lograrán ser, más auténticamente, representativas de grandes sectores de la población, con los consiguientes efectos que eso mismo puede tener en el momento de las elecciones. Por su parte, un gobierno que llegue al poder por este camino, contando con el apoyo de un partido de este tipo y de estas posibilidades, podrá realizar sus funciones en forma más efectiva, logrando el beneficio general, su propia estabilidad y, finalmente, una situación favorable al cambio no violento, orientado hacia metas de superación y de progreso.

*
* *

Mostrar las principales características del proceso y de la conducta políticos tal como las delinea la ciencia política contemporánea, ha sido el empeño de los antologistas en la primera parte. En la segunda, se preguntarán por los re-

quisitos del análisis político y, en relación con ellos, tienen que señalar que, en el caso de la ciencia política, como en el de cualquier otra disciplina social científica importan tres elementos, que son: una teoría sistemática, una aproximación o abordaje empírico y un enfoque interdisciplinario.

Entre lo antiguo y lo nuevo, ¿cuál es la diferencia? La diferencia no radica en la temática tanto como en la metodología. Los temas son los mismos; pero el ángulo de contemplación es diferente y, consiguientemente, las técnicas son también distintas. De lo que se trata, ahora, es de aclarar los supuestos tradicionales y de rigorizar los métodos y las técnicas. De lo que se trata es de aproximar unos a otros; de hacer que las hipótesis sean docimables o probables, sometibles a las pruebas de la observación y de la experimentación propugnadas por el abordaje empírico que requieren los problemas científicos.

Una Teoría Sistemática, sí, y el enfoque comparativo es el que se acepta, particularmente por Gabriel A. Almond; un análisis político comparativo que trata de asentarse, fundamentalmente, sobre los descubrimientos y aportaciones de la sociología y la antropología que, de este modo, posibilitan la sistematización de esas necesarias comparaciones. Puesto que los sistemas políticos son sistemas de acciones, le parece a Almond que su estudio tiene que fundamentarse, necesariamente, en aportaciones del tipo de las brindadas por la teoría parsoniana de la acción social y, en última instancia, en las contribuciones fundamentales de Max Weber. Almond se inclina por el estudio de los sistemas políticos más que por el de los procesos políticos quizás, fundamentalmente, por la mayor facilidad de aprehensión, en cuanto los mismos presentan una "cierta estabilidad". La defensa de su postura se centra en las líneas siguientes:

“El término *sistema* —dice Almond— satisface la necesidad de un concepto inclusivo que cubra todas las acciones moldeadas, pautadas o sometidas a patrón que son importantes para la factura de las decisiones políticas. La mayoría de los policientistas usan el término *proceso político*, para estos fines. La dificultad con el término *proceso* está en que significa cualquier modelación o pautaamiento de la acción a través del tiempo. En contraste con *proceso*, el concepto de *sistema* implica una totalidad de unidades relevantes, una interdependencia entre la interacción de las unidades y una cierta estabilidad en la interacción de esas unidades”. Sin embargo, este autor no puede dejar de reconocer la importancia de los enfoques dinámicos de una realidad cambiante como lo es la sociopolítica; de ahí que agregue, en un oportuno paréntesis “que quizás se describa mejor en términos de un equilibrio cambiante”. La concepción de sistema político admitida por Almond es la de Weber: “monopolio legítimo de la coerción política sobre un territorio y una población dados”. Las unidades que reconoce dentro del sistema son los papeles políticos. Y todo el sistema político se encuentra embebido por un patrón particular de orientaciones hacia la acción política, al que Almond designa como “cultura política”, que —aunque próxima— no puede confundirse con la ideología, y que es central para su análisis pues el unipartidismo, el bipartidismo o el multipartidismo de los sistemas políticos parecen no conducir a ninguna parte y en cambio la unidad o pluralidad de culturas políticas (que no se corresponden bionívicamente con unipartidismo y multipartidismo) sí parecen relevantes para la descripción y explicación sociopolíticas. El examen de los sistemas políticos angloamericanos, de los de las sociedades preindustrializadas, de los países totalitarios, de Europa con-

tinental, permiten al autor hacer aplicaciones pertinentes de su esquema analítico.

Oliver Garceau, por su parte, al referirse a la investigación —ahora sí— de los procesos políticos lista “algunas de las variables cruciales para el análisis del sistema político como un proceso continuo que va del electorado a lo más alto de la jefatura política”. Es así como hacen su aparición en este estudio —como elementos analíticos para apreciar lo que puede designarse como distancia política entre el ciudadano y el conjunto institucionalizado de la oficialidad o de los funcionarios—, en primer término, el examen del comportamiento de los votantes; en seguida, los problemas de la comunicación social y la formación de la opinión pública; en tercer término, las investigaciones sobre la jefatura política; en cuarto lugar, la vinculación entre el individuo y los órganos encargados de la factura de decisiones, a través de los grupos de interés... Una lista como ésta, que no pretende ser exhaustiva, le muestra a Garceau que “la enumeración de los problemas e implementos de investigación enfatiza el hecho de que la investigación del comportamiento político no es asunto de una sola disciplina social científica”.

Sin embargo, quizás una de las mayores aproximaciones al problema metodológico y tecnológico lo haga un estudio como el de Avery Leiserson sobre los “Problemas de la Metodología en la Investigación Política”. Leiserson comienza por señalar que no es intención suya polemizar sobre si “ciencia política” es una expresión que representa una contradicción en los términos a causa del carácter normativo de sus datos y de sus problemas. Y nos parece que la postura es correcta, en cuanto ajena a la pusilanimidad de quienes rehuyen el estudio de los valores en las ciencias sociales por no haber sido capaces de distinguir entre la valoración

de los hechos (función filosófica) y el examen fáctico de los valores (función científica). La investigación política aspira, en efecto, a ser científica, o sea, "tanto teóricamente sistemática como empíricamente fáctica en carácter".

La metodología, para Leiserson, abarca tres clases de problemas: 1.—la posición del investigador; 2.—la conceptualización; 3.—la técnica de recolección, organización y presentación de los datos. En una aproximación a la lógica, diríamos que en las ciencias sociopolíticas existe un momento sintáctico, un momento semántico y un momento pragmático. Es necesario que los resultados de la investigación sean formalmente congruentes entre sí; que haya adecuación entre ellos y la realidad y que la relación entre ellos y quien los ha investigado sea tal que permita sostener su validez. Sin embargo, estos tres momentos, que corresponden en términos generales a concepción, recolección de datos y prueba de hipótesis, así como determinación, vigilancia y dominio ejercido por el investigador sobre sí mismo, deben invertirse en cuanto se trata de mostrar los prerequisites de la investigación. Nos parece, en efecto que, en primer término, el investigador debe dominar sus prejuicios y asumir una postura científica; que, seguidamente, debe establecer sus hipótesis y tratar de probarlas y que, en última instancia, como coronamiento del edificio, debe buscar cuál es el camino a través del cual resultan compatibles entre sí los diferentes hallazgos obtenidos mediante la recolección de los datos y la prueba de las hipótesis.

A esta luz, resalta el corte que se establece, como fundamental, entre la investigación programática y la investigación sistemática, que creemos corresponde más o menos a nuestro pedantismo diferenciador entre lo "problemático-céntrico" y lo "sistemático-céntrico". La diferenciación por otra parte, no corresponde

a una distinción valorativa que coloque a una de las dos sobre la otra. La investigación sistemática no es superior a la investigación programática o ésta superior a aquélla; son, simplemente, distintas, y deben mantenerse, en lo posible, separadas. La investigación sistemática *puede* llegar a servir a la investigación programática y, en última instancia, *debe* llegar a servirla; la investigación programática puede llegar a brindar algunos resultados útiles para la investigación sistemática; pero, inicialmente, si han de llegar a colaborar en algún momento —y, aún antes, si de por sí han de llegar a servir a los fines de la ciencia y de la política— deben mantenerse a distancia prudente (lo cual no quiere decir que haya de situarse en las antípodas del mundo). Y qué es lo que deba considerarse como distancia prudente, es algo que deberá determinarse en el caso de cada sociedad y de acuerdo con sus urgencias científicas y políticas más inmediatas.

Frente a esa diferenciación, Leiserson afirma: "esta es la razón por la que creo que la investigación orientada problemáticamente sólo en raras ocasiones —y con frecuencia sólo en forma accidental— es productiva de resultados teóricos... Los criterios de los investigadores programáticos son, no la explicación y la comprensión fundamentales, sino ganar la argumentación, haciendo llamados a niveles normativos, iniciando alguna acción, promoviendo o sosteniendo los intereses de unos frente a otros individuos".

Pero, la aportación de Leiserson va más allá, pues no trata de mantener la desvinculación entre unos y otros, sino que busca salvarla en forma que, en vez de ser perjudicial para ambos, a ambos beneficie. Es así como afirma que "las dificultades planteadas por la incompatibilidad de papeles entre el investigador exterior y el administrador responsable pueden resolverse mejorando el vocabu-

lario y los canales de comunicación... y que hay un genuino problema en cuanto el acceso a las fuentes institucionales de datos puede quedar bloqueado por el empleo de conceptos y categorías que parecen completamente irrealistas a quienes formulan la política (funcionarios de partido, administradores, jueces y jefes de los grupos de interés)".

Con puntos de partida como éstos es como los recopiladores van conformando una antología que no podemos presentar —por desgracia— en forma más adecuada. Forma parte de la sección tercera un conjunto de trabajos referentes a las orientaciones hacia el proceso político, en que se trata de la estructura de las creencias políticas, de los modos de participación política y de las dimensiones de la apatía política. Destacan, entre ellos, los análisis sobre la opinión pública y la democracia, el carácter político, el estudio de la personalidad política; la actividad de los ciudadanos estadounidenses, la participación política en una pequeña comunidad y la influencia política; los determinantes de la apatía política y la relación entre la participación política y el sentimiento de eficacia o ineficacia política de los participantes.

A los agentes y técnicas del poder político se refiere la sección cuarta, que, en primer término, hace un estudio de la jefatura política subseguida de la presentación de varios aspectos de la comunicación política y de los procesos grupales y partidarios en este terreno. A un estudio general de Seligman sobre la propia jefatura política se agregan, en el primer sector, un trabajo sobre la estructura clasista en relación con la composición del senado estadounidense, y otro sobre el carisma en una campaña electoral. Los efectos de la televisión, los experimentos propagandísticos y sus efectos, así como los que tiene la variedad y repetición del lenguaje político sobre el comportamiento de los votantes, cons-

tituyen el contenido del segundo sector; en tanto que al tercero corresponden un estudio teórico sobre la base grupal de la política, otro del ameritado V. O. Key, Jr. sobre la naturaleza y consecuencias del faccionalismo unipartidista, y otro más sobre los grupos de presión y quienes se ven presionados por ellos, debido (este último) a la colaboración entre Oliver Garceau y Corinne Silverman.

Los campos de la factura de decisiones políticas quedan cubiertos por las votaciones, la actividad legislativa y la administración, y la gran variedad de temas por estudiar en este terreno, queda ejemplificada con el estudio de las clases y los partidos en las votaciones, la intervención de la juventud en el campo político, los partidos políticos y su intervención en las legislaturas estatales, el estudio de los servidores civiles, la organización democrática dentro de los sindicatos.

La Sección Sexta de esta antología probablemente sea una de las más apasionantes, especialmente para quienes buscan abrirse paso al futuro aceptando los retos que ofrece el presente. Trata de las "Fronteras de la Teoría". En este sentido, por su mayor alcance, conviene recoger las anotaciones de los recopiladores referentes al estudio de David Easton acerca de "Los Límites del Modelo de Equilibrio en la Investigación Social". De acuerdo con esas anotaciones: "En la aplicación de los métodos científicos al estudio del comportamiento humano, se enfatiza repetidamente la importancia que tiene pensar en términos de equilibrio. Y, ciertamente, hay buenas razones para argüir que las necesidades teóricas empujan a la investigación social en dirección de un análisis del equilibrio. Sin embargo, las complejidades y la dinámica de la organización política, tienden a subrayar la necesidad de modelos que enfatizen el cambio desenvolventista. David Easton presenta un análisis de los "Lí-

mites de los Modelos de Equilibrio en la Investigación” y señala desnudamente las dificultades lógicas y empíricas implícitas en el uso de los modelos de equilibrio. Con todo, puede verse en la tensión entre el análisis del equilibrio y el del desenvolvimiento una fuente de estímulos fructíferos, más que un problema insoluble”.

No hay para qué decir que esta antología consagrada a la teoría y a la investigación del comportamiento político, cumple con una de las condiciones que

nos parecen indispensables para que un libro sea considerado como valioso: no prescinde del legado histórico, pero tampoco deja de abrirse generosa y valientemente, hacia el futuro.

Maquiavelo, Hobbes, Locke, Hume, John Stuart Mill son los precursores de los enfoques actuales de la actividad política desde el punto de vista científico. Los nombres de los sucesores quizás nos sean desconocidos, pero ello no quiere decir que serán menos dignos de atención y aprecio.